



CAPÍTULO L.

LA VIDA SOBRENATURAL.

ARTÍCULO I.

Orden natural y sobrenatural.—Cuál sea la verdadera norma, cuales las falsas de lo sobrenatural.—Bayanos y jansenistas.—Capacidad del hombre para el fin sobrenatural.—Doctrina de santo Tomás.

LAMAMOS comúnmente *naturalidad* en un ser todo aquello que en él nace y le acompaña en su nacimiento; conviene á saber: aquella substancia que juntamente con sus propiedades hace que una cosa sea lo que es cuando queda constituida. La *esencia* prescinde de la existencia y dice en abstracto las propiedades de un ser; la *naturalidad*, presupuesta la existencia individual, dice respecto al principio de las operaciones del ente. Claramente lo enseña santo Tomás: «Aquello por donde una cosa se constituye en el propio género ó especie es lo que significamos por la definición de la *esencia*, y por eso el nombre de *esencia* se trueca por los filósofos en el nombre de *quiddidad*; pero el nombre de *naturalidad* parece significar la *esencia* de una cosa según que tiene orden á la operación de la cosa, como quiera que ninguna cosa hay que carezca de operación». Ya antes de santo Tomás, Aristóteles había definido la *naturalidad* «principio y causa del movimiento». Llámese, pues, *natura-*

lez el principio substancial de la vida. Según esto, bienes *naturales* son aquellos que constituyen un ser en su estado de substancia individual y que brotan de su propio fin, ora sean genéricos, ora específicos ó individuales: todas las facultades que van á un fin, los actos de ellas, los medios necesarios para su ejercicio, los efectos de tales facultades y de tales actos, todos estos son bienes *naturales*.

Por el mero hecho de serlo, entran en los términos de necesarios y debidos, no absolutamente, sino puesta la dispensación y orden de la divina providencia. Porque, «en el caso que Dios quiera hacer un hombre, es necesario y debido que junte el alma con el cuerpo y le adorne de sentidos y otros aparatos externos é internos: y en esto no decimos ser Dios deudor á las criaturas, sino á su soberana disposición, que por necesidad ha de cumplirse». De aquí es que, respecto de la *naturalidad* de una criatura, Dios viene á ser Criador y Proveedor; porque, demás de haber sacado aquella substancia de la nada por vía de creación y colmádola de propiedades, la conserva en su ser, alienta sus fuerzas y las encamina á su fin, haciéndolas fecundas y obradoras. El orden *natural* es el orden de la creación, ni más ni menos.

1 STO. THOMAS: *Contra Gent.*, lib. II, cap. XXIX.

Por lo dicho podemos graduar la propiedad del nombre *natural*: *natural* es lo que del nacer se adquiere; *natural*, lo que á la esencia cuadra y acompaña; *natural*, todo cuanto Dios en su criatura como Criador dispone; *natural*, lo que sucede por vía ordinaria en la universalidad de las cosas; *natural*, el efecto proporcionado á la virtud de la causa criada; *natural*, la composición física de una substancia; *natural*, lo que de la *naturalidad*, no de la persona, proviene; *natural*, en fin, y latamente, todo aquel cúmulo de cosas que constituyen una substancia en el grado que le corresponde, y andan conjuntas, y siguen el estilo de su propia constitución.

Al revés, llamaremos *sobrenaturales* aquellos bienes que ni nacen de la substancia, ni salen de la *naturalidad*, ni le son á ella debidos, ni la acompañan y siguen forzosamente, pero son adventizos y le sirven de atavíos idóneos para amplificar y enaltecer la substancia; aquellos dones que, procediendo de la mano del Sumo Ordenador por vía de liberal munificencia, subliman la criatura á una condición del todo nueva; aquellas prerrogativas que le son principios de operaciones *realizadas*, y tales que sin ellos la criatura fuera incapaz de obrar *realizadamente*: insignias y bienes que tan sólo de la bondadosa largueza de Dios pueden derivarse para vestir al hombre de gloria y hermosura. Por esta causa, dijo galanamente el P. M. Fr. Luis de León: «Aunque todo el bien que vive y luce en la criatura es bien que puso en ella Dios, pero puso en ella Dios unos bienes para que le fuesen propios y naturales, que es todo aquello en que consiste su ser y lo que dello se sigue: y éstos, decimos, que son

1 P. RIPALDA: *De ente supernat.*, disp. 1, sect. 2.
—BELARMINO: *De gratia primi hom.*, cap. v.—SUA-
REZ: *De gratia*, proleg. II, cap. II.—SCHRADER: *De*
tripl. ord., n. 58 et seqq.

bienes de *naturalidad*, porque los plantó Dios en ella, y se nace con ellos, como es el ser y la vida, y el entendimiento y lo demás semejante. Otros bienes no los plantó Dios en lo *natural* de la criatura, ni en la virtud de sus naturales principios para que de ellos naciesen, sino sobrepúsolos él por sí sólo á lo *natural*; y así no son bienes fijos ni arraigados en la *naturalidad*, como los primeros, sino movedizos bienes, como son la gracia y la caridad y los demás dones de Dios, y aquestos llamamos bienes *sobrenaturales* y de gracia.

Si abrimos los escritos de los santos Padres, este es y no otro el concepto que del orden *sobrenatural* nos sugieren. Todos ellos á porfía, tratando de las cosas que á esta región pertenecen, llámanlas *sobrenaturales* (*ὑπερ φυσικων*), *sobrehumanas* (*ὑπερ ανθρωπων*), *sobrecreadas* (*ὑπερ κτιστων*), *sobremetales* (*ὑπερ εναντων*); cuyos clarísimos testimonios pueden verse en Passaglia¹ y en el P. Schrader²; por los cuales queda tan favorecido el ser de las cosas *sobrenaturales*, que son declaradas sublimarse con infinito exceso sobre las naturales y finitas. La diferencia entre el orden natural y el *sobrenatural* colígese particularmente de las proposiciones condenadas por la Santa Sede en la causa de los jansenistas, bayanos y quesnelianos; de las que se deduce que si el orden natural abraza las propiedades y excelencias que constituyen la *naturalidad* humana, ó que de ella se derivan ó le son necesarias y debidas; al orden *sobrenatural* pertenecen las prerrogativas que sobrepujan en grandeza, no como quiera sino absoluta, al lustre de la *naturalidad* criada, porque traen la dignidad de otra más alta alcurnia, porque son riquezas extrañas y sobrestapas que vencen á

1 Nombres de Crisó, l. 1: *Epistol.*

2 *De Deo Creatore*, p. 2, n. 5.

3 *De triplici ordine*, n. 85.

todo cuanto las substancias criadas pueden y valen, y trascienden y se encumbran sobre todo el orden de la creación y ordinaria providencia.

Por aquí se entenderá cuán lejos andan del verdadero concepto de las cosas los racionalistas modernos, que dan título de *natural* á lo sensible y de *sobrenatural* á lo inteligible que no cae en los sentidos: pues, demás de ser esas notas muy extrínsecas, se dan cosas sobrenaturales harto palpables y sensibles, como los milagros; y las hay que con ser naturales burlan la experiencia de la sensibilidad, como la unión del alma con el cuerpo, las leyes de los elementos materiales, muchas combinaciones químicas, etc. Otros autores apellidan *sobrenatural* la creación y sucesos parecidos, por ser efectos de causa superior á todo lo criado; de modo que ser una cosa obra de Dios y ser sobrenatural, parecemos el mismo concepto. «El primer milagro, dice Guizot, es Dios; el segundo es el hombre; la libertad humana es otro hecho sobrenatural¹.» No así hablaron los Padres y Doctores; ni todo lo maravilloso lo denominaron luego con el título de sobrenatural, ni todo lo desacostumbrado y prodigioso lo tuvieron por superior á fuerzas criadas.

No es menos desacertado el concepto que de lo sobrenatural hacen los que le cifran en la relación del hombre con Dios, nombrando *natural* todo lo que sale fuera de las obligaciones con la divina Majestad, como si en cualquier estado no hubiera de haber tenido el hombre relaciones con su Criador y conservador: en ese caso, todo linaje de culto sería sobrenatural, aun en el estado de naturaleza pura; y esto bien se ve cuánto se opone al dictamen de los santos y á la misma razón de las cosas.

Otras normas han discurrido algunos

¹ Méditations sur la Relig. chrétienne: Revue des Deux Mondes, 1864, 1 Juillet.

modernos escritores que no pueden admitirse. Así Vock en su *Teología dogmática* dice ser sobrenatural todo cuanto Dios por sí mismo obra, y natural lo que ejecuta mediando las causas segundas: á esa cuenta la creación y conservación serían acciones sobrenaturales, y serían naturales los buenos pensamientos que los ángeles en los hombres despiertan y avivan, que es cosa nueva é inaudita; y no menos lo es calificar de sobrenatural un don de Dios por ser extraordinario, y de natural el que es ordinario y común; porque cosas hay muy usuales y cotidianas, como los sacramentos y la misa, que son de esfera sobrenatural; al contrario de otras, como los milagros, que podrían en ciertos casos parecer naturales, dado que son divinas y puestas fuera del orden físico. Á tal extremo llega la prevención de algunos semisabios, que porque entienden que ciertos escritores tienen á milagro la creación y la cuentan por sobrenatural, cierran ellos contra la creación y la juzgan increíble y fabulosa; y quizá no la dieran por tal si llegasen á persuadirse que es una obra muy natural y propia del poder de Dios Criador, como en otra parte dijimos.

Quien más gravemente deslizó en esta parte fué Bayo, en el siglo xvii, poniendo nombre de naturales á aquellos dones, cualesquiera que fueren, que acompañan la naturaleza del hombre. Concedía Bayo que el hombre había sido criado y enriquecido con los dones de filiación adoptiva, inmortalidad, entereza y demás; pero no creyó que fuesen bienes sobrepuestos á la imperfección de nuestra naturaleza, sino necesarios, arraigados y debidos, y por ello naturales. En mal hora pensó Bayo arrimar á los santos Padres su tan perversa doctrina: porque todos los Padres y Doctores cele-

¹ De gratia, § 202.

² Cap. viii, art. iii.

braron por sobrenaturales aquellos admirables privilegios, y no los juzgaron tales precisamente porque se concedan ahora á nuestra naturaleza caída, sino porque en la substancia considerados lo son, aun no presupuesta la culpa primera, y lo fueron tanto en Adán como en los ángeles antes de pecar, pues que los Padres llaman colmos de gracias y dones gratuitos aquellos ornamentos y beneficios que acumuló en ellos la divina munificencia al sacarlos á luz; fuera de que si vale la distinción de Bayo, también se dirá ser natural la ceguera al hombre, porque con ella vino al mundo el ciego de nacimiento.

Finalmente: los jansenistas pervirtieron las nociones de natural y sobrenatural, no midiendo la sobrenaturalidad por la substancia misma de las cosas, sino por la relación que ellas tienen con las obras precedentes. Pero los santos Padres titularon sobrenaturales los dones según en sí son y mirando sólo su peculiar entidad; y por lo mismo los trataron como graciosos y por ninguna razón debidos: y de aquí, por ser gratuitos, resolvían no tener punto de relación con el mérito de las obras, y, en conclusión, que no hay criatura, por perfecta que sea, á quien se deban de justicia, como se le deben los dones naturales. San Agustín negó que la gracia se conceda á las obras buenas, porque debe ser del todo gracirosa; que de no serlo dejaría la merced de ser merced y la gracia de ser gracia.

Declarada la idea del sobrenaturalismo, antes de venir á exponer la augusta institución con que coronó Dios la obra del postrero día colocando al hombre en esta divinal esfera, conviene primero demostrar qué suerte de capacidad había en él para tan soberano encumbramiento. Para inteli-

¹ De peccat. orig., cap. xxiv; Contra Faust., l. xvi, cap. v; Sermo xxxi, n.º 4.

gencia de esto es de advertir que tiene el hombre entañada en su alma una potencia que le hace «idóneo para llenar, según el arbitrio del Criador y con su especial merced, un oficio que por su virtud nativa y con sólo el concurso de Dios ordinario no podría llevar á cabo», como enseña el P. Suárez¹. Dos cosas son menester para que el hombre ponga en ejecución la potencia obediencial que posee: la primera es que Dios tenga á bien enriquecerle con la soberanía de sus dones; la segunda, que el hombre pueda recibirlos en sí sin agravio de su natural condición. Que pueda Dios sacar al hombre de su baja esfera y ponerle en otra más alta, solamente lo disputará quien llegare á dudar que Dios sea dueño de rendir á su señorío las facultades del hombre, obrando en ellas efectos que excedan los términos de su nativa virtud. Y que guarde Dios en las arcas de su infinita esencia caudal de bienes bastante para ilustrar espléndidamente á toda criatura, y que sean ellos comunicables y aptos para perfeccionarla, engrandecerla y ensalzarla á un fin más excelente que el natural, no puede ponerse en cuestión. ¿De dónde nacería la repugnancia y dificultad? ¿Acaso se oponen ó no se compadecen bien facultades humanas y dones divinos? Ninguna suerte de competencia tienen potencias espirituales que deban recibir, y riquezas espirituales que puedan ser recibidas; ni es tanta la desproporción que hay entre las mercedes de Dios, por extendidas que sean y sobre todo encarecimiento, y las adiciones que siente el hombre á abrasarse en amores por todo lo grande y excelso, que se le represente posible en razón de descansar en el sumo bien. Dice santo Tomás: «La divina substancia no está puesta tan fuera del alcance del entendimien-

¹ In III^o, D. Thome, disp. xxxi, sect. vi.

to criado, como una cosa extraña y ajena, cual lo está de la vista el sonido... porque la substancia divina es al cabo el primer inteligible.»—«Y según esto, el entendimiento criado puede ser proporcionado para conocer á Dios, de suerte que los hombres, no sólo sean conocedores de Dios mediante las cosas hechas, mas también en el estado de viandantes sean conocedores de la gracia de Dios por la fe en Cristo Jesús, y en el estado de término perfectos contempladores del mismo Dios en sí.¹» No otra cosa compendiosamente significó san Agustín, cuando dijo: «El tener fe y caridad es propio de los fieles; el poder tener fe y caridad es propio de la naturaleza humana.²»

Esta doctrina recibida por común entre los Doctores católicos, puede confirmarse con la que enseña santo Tomás sobre la imagen de Dios, á cuya semejanza fué hecho el hombre; y está tomada de san Agustín. Porque la razón de ser el hombre hecho á imagen de Dios es el estar dotado de entendimiento y voluntad, y poder por estas facultades ser levantado á conocer perfectamente á Dios y á transformarse en semejanza suya; pero las criaturas inferiores, en quienes no cabe entendimiento ni imagen de Dios, no pueden llegar á semejanza con la divinidad.³ Y aquí de camino se verá cómo al orden sobrenatural, lejos de envilecer ó abatir la condición del hombre, la realza y perfecciona, engrandeciendo los senos de sus potencias con cúmulo de más exquisitos bienes. Así entienden san Agustín, san Basilio, san Jerónimo y otros aquella palabra «hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra», conviene á saber, que la imagen se refiera á los

¹ *Contra Gentes*, lib. III, cap. xxv.—I p., q. xii, a. 1.

² *De Prædicatione*, II, cap. v.

³ I p., q. xxxviii, a. 1; *Contra Gentes*, lib. III, cap. cxxvii; I II.^o, q. cxxii, a. 10.

dones naturales, la semejanza á los sobrenaturales; sin por eso derogar á que otros Padres expongan esta escritura en diversos sentidos que arriba apuntamos,⁴ y pueden verse en Cornelio Alálide.⁵

ARTÍCULO II.

Á los enemigos del orden sobrenatural se les demuestra con razones históricas y positivas cómo Adán y Eva fueron encumbrados á esta vida excelentísima.

DE suma importancia es la materia que tratamos, particularmente en nuestros aciagos días, en que todas las ciencias naturales parecen coligadas y juramentadas contra el orden sobrenatural y divino. Por una parte los panteístas, confundida la naturaleza de Dios con la substancia de las cosas criadas, le roban al Señor su existencia personal, ó fingiendo en Dios necesidad en el obrar, le privan de franca libertad para conceder mercedes; por otra, los supernaturalistas, acusando de flaca é imbecil la criatura racional si no va abastada de gracias sobreañadidas y singulares, no la creen sin ellas apta para caminar á su fin natural: ambos extremos, el uno por exceso, el otro por defecto, dan al través con el orden sobrenatural, y, envileciendo sus bienes, hácenle imposible y frustráneo. En segundo lugar, los tradicionalistas con tanta audacia ponen por tierra las humanas facultades y ponderan la importancia de la revelación, que la consideran de todo punto necesaria, enseñando que el primer hombre sin ella no hubiera podido alcanzar su fin y debida perfección. Al revés, los naturalistas, poniendo en alto homenaje la naturaleza del hombre, fingen que se basta á sí propia grandemente y se tiene en su casa el caudal de riquezas necesarias para ser del todo feliz; por

¹ Cap. XI, art. v.

² *In Gentes*, cap. II.

lo tanto, ni ha menester fin de esfera más levantada, ni doctrinas reveladas, ni virtudes infusas, ni beneficios de superior calidad, siéndole suficiente la vida natural para caminar con denuedo en los alcances del progreso. Finalmente: á los racionalistas, sin empacharse si hay ó no hay dones de orden más excelente, dádoles ha que no habla con ellos la enseñanza divina, y tapan cautelosos los oídos á toda verdad que no ajuste conforme á la medida de su pobre razón.

Contra estas mentirosísimas opiniones conviene que mostremos cómo los bienes sobrenaturales, que no envuelven repugnancia en sí ni traen inconvenientes, antes procuran ventajosa dignidad á la naturaleza del hombre, fueron comunicados á nuestros primeros padres en este misterioso día, levantándolos á un fin de incomparable grandeza. No era de esperar menos de la infinita bondad del Criador, la cual siendo de suyo infinitamente comunicable y nada codiciosa de sus bienes, sino manirrota y liberalísima, era razón que se dejase llevar del ímpetu de su generosidad en criando seres capaces de tan ricos dones, repartiéndolos á manos llenas con todos, al ver cuánta gloria había de resultarle de la granjería de sus gracias. Mas veamos las razones históricas y positivas que hacen cierto argumento de la existencia del orden sobrenatural.

Recapitulando las memorias de los pueblos antiguos, ninguno hay que no abra sus primeras páginas con la relación de un orden de cosas extraordinarias, que ahora no conocemos sino por el órgano de la sagrada Escritura. La revelación hecha por Dios á los mortales y el trato familiar del hombre con la divinidad, son dos sucesos que se clearen en el fondo de todas las primitivas historias y constituyen el coímo de aquella bienhadada sazón, conmemorada en todas las naciones.

El ímpio Voltaire no vaciló en declarar que «estas memorias son el fundamento de la teología en todos los pueblos». Platón, como está dicho, representa á los primeros hombres, apacentados por Dios y viviendo en perfectísima paz. Varrón,¹ Ovidio,² Juvenal,³ Tibulo,⁴ Virgilio,⁵ Lucrecio⁶ nos han dejado galanas pinturas de los regalos que participaron los primeros hombres del mundo. Homero repartía sendos dioses, á cada héroe el suyo, que les sirvieran de tutores. Confesaba Cicerón que los dioses andaban por doquier mezclados con los mortales. Y la antigüedad todo cuanto antes había de honroso, decente y serio, lo hacia consistir en la comunicación con los dioses. El día en que los adivinos, decía Cicerón, escudriñando las entrañas de un ave, se miraron á la cara y se echaron á reír, aquel día perdió Roma su poderío, porque le faltó al hombre la piadosa humildad, velo necesario para vivir entre sombras y misterios. Alléganse los germanos, que en el Edda han conservado su figura simbólica, los amigables vínculos que estrechaban á los dioses con los hombres inocentes.⁷ De todo lo cual se dijo lo bastante en los capítulos xxxix y xlxx de este libro.

Además, las cuatro edades encomiadas por los antiguos son de gran peso para nuestro intento. Según los egipcios, la primera edad había sido la más afortunada; como que para ponderar la excelencia de una cosa solían decir, no haberse visto tal desde los tiempos del Dios Ra. En la India la duración de los hombres se dividía en cuatro temporadas: la de la perfección, la del

¹ *Quest. sur l'Encyclop.*

² *De re rustica*, lib. I, cap. II.

³ *Metamorph.*, lib. I, 89.

⁴ *Satyr.*, vi.

⁵ *Lib. I, Eleg. III.*

⁶ *Æneid.*, viii, 315; *Georg.*, I, 125; *Ecol.*, IV.

⁷ *De rerum natura*, v, 923.

⁸ *Sinrook: Mytholog.*, p. 52.

sacrificio, la de la duda, la de la pérdida, que es la presente, y rematará con el exterminio del mundo. Hesíodo trae también las cuatro edades, declarando el decaimiento gradual de cada una con los nombres de oro, plata, cobre, hierro. La tradición mazdeita refiere las cuatro edades de la manera siguiente: en la primera reina la pureza é inocencia, en la segunda comienza la mezcla del mal, en la tercera la victoria es indecisa, en la cuarta el mal sobrepuja y triunfa, pero será vencido en la resurrección de los muertos. Es muy digno de observar cuán sin reparo abrazaron los pueblos la distinción de estas cuatro edades, y con qué indulgencia toleraron que cada una fuese más corrompida que la presente, condenando así la humana libertad á una fatal ignominia, en vez de promover la aspiración á un honroso progreso. Pero Dios, en cuyas manos están las riendas de las naciones, permitía en ellos este repugnante proceder, para que por una parte descubriésemos claramente en la tenacidad de sus tradiciones la verdad del orden sobrenatural que los primeros hombres profesaban, y por otra tocásemos con las manos la endiablada soberbia de aquellos pueblos que, teniendo presentes los destellos de la antigua dignidad, se abandonaban á las furias de la desesperación, y no viendo remedio á su abatimiento, daban de ojos en la depravación del panteísmo y emanatismo oriental.

No así la sagrada Escritura. No hallaréis en ella rastro de sus cuatro edades: en vano han hecho diligente pesquisa los críticos: es historia y no ficción; narración de sucesos, no poesía fabulosa; figura profética de cosas futuras, no imaginación simbólica de cosas pasadas. «¡Cuánto más consoladora es la narración bíblica, dice con sumo acuerdo Lenormant, que á primera faz parece tan dura é incompor-

table á la humana soberbia! ¡Qué perspectivas tan preciosas descubre á las almas! Ella admite que el hombre cayó, poco después de haber sido criado, de su estado de pureza original y de su felicidad edénica¹.» Así es en verdad: las tradiciones paganas guían al hombre al despeñadero de un abatimiento constante; las Escrituras, por el contrario, desde sus primeros capítulos, no bien han referido la desastrosa caída, ofrecen el espectáculo de un levantamiento, sustentan las miserias presentes con la esperanza de una reparación, prometen la venida de un caudaloso Redentor, proponen el designio de una restauración total, y abren á los angustiados las puertas del paraíso perdido. Las tradiciones paganas pregonan pública y rasamente la elevación y la ruina, mas de la restauración hablan con tanta obscuridad, que entre los rayos de escarmientos apenas vibran resplandores de alentada confianza; las Escrituras, por el contrario, esfuerzan el ánimo con tanto vigor, que aquel orden nobilísimo á cuya excelstitud había sido el hombre sublimado, cuyos bienes, culpable, había justamente perdido, cuyas mejoras por sus merecimientos no podía granjear, en el acto mismo en que se le escapa de las manos se le devuelven graciosamente por los méritos del Hombre-Dios. En fin: no tiene la menor duda que todas las gentes de Europa, Asia, África y América han sido concordes en celebrar la comunicación de bienes divinos hecha á los hombres en el principio del mundo².

Ahora, pues, este unánime consentimiento no es posible que carezca de verdad histórica, estando, como vemos, revestido de condiciones que le hacen merecedor de todo crédito. Errores y mitos han debido acompañar á las primeras tradiciones; pero la sub-

¹ *Hist. ancienne de l'Orient*, t. 1, chap. II, § 2.

² P. SCHRAEDER: *De triplici ordine*, num. 131.

tancia ha quedado en pie, y la substancia se contiene en la realidad del orden sobrenatural. M. de Quatrefages, hablando de la religión de los pueblos, muestra cómo los budistas, tenidos en concepto de ateos por E. Burnouf, lejos de serlo, creen en la otra vida, poseen el dogma de premios y castigos, atestan sus leyendas de dioses y de demonios y admiten un ser supremo y perfectísimo³. Entrar en el *nirvana* es, dice, «alcanzar un estado espiritual tan alto, que el alma no tiene ya necesidad de pasar por la prueba de la reencarnación». Más de maravillar es que entre las poblaciones más miserables de hotentotes, bosquimanes, australianos, reinen las creencias de las almas inmortales, de galardones y penas de la otra vida, de la resurrección de los cuerpos, de espíritus superiores, sin que tales ideas puedan atribuirse al desarrollo intelectual de estos pueblos, como pretenden los que miden la religión de un pueblo con su progreso intelectual. Las llamas de estos conocimientos, aun medio extinguidas, echan de sí esclarecidos rayos de luz, que dan á conocer los restos de una civilización desaparecida, y prueban que la sublimidad de un estado religioso precedió á la prostración y barbarie en que ahora viven sumidos.

La segunda razón de la existencia del orden sobrenatural se toma del fin último que el Señor propuso al hombre, en criándole, para que enderezase á él sus facultades y actos, y fuese eternamente feliz. Para cuya inteligencia debemos considerar que la felicidad, ó sea la perfección y junta de todos los bienes, dos cosas mayormente comprende: el bien que hace al hombre feliz, y la posesión del mismo bien. El bien que hace al hombre feliz poseyéndolo, es Dios; el modo de po-

seerle puede ser muy vario, según que se contemplen las divinas perfecciones por el rastro de las criaturas, ó según que sean vistas en la misma divina esencia, sea á través de velos, sea sin velos, cara á cara. La felicidad eterna que señaló Dios al primer hombre consiste en la perfecta visión, sin velos ni sombras, de la esencia divina como en sí es: destino magnífico y remontadísimo, que sin la fuerza de la gracia ni desear, ni siquiera imaginar pudiera el hombre ni el ángel. Este es el último fin, donde, como claman las santas Escrituras, mandó Dios al hombre tuviese puesta la mira para dar cabal descanso á las aspiraciones de su corazón. «Vemos ahora como por espejo en obscuridad, dice el Apóstol; mas entonces faz á faz: ahora conozco por partes; después conoceré así como soy conocido⁴.» Y san Juan: «Somos ahora hijos de Dios: y no parece aún lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él apareciere, seremos semejantes á él, porque le veremos como él es en sí⁵.»

Tal es el fin de todo hombre, fin que, según san Epifanio⁶, «es inaccesible á la naturaleza creada, si Dios con su brazo todopoderoso no se digna fortalecer su incapacidad para que vea al invisible». En este sentido san Agustín, exponiendo un lugar de san Pablo, dice: «Siendo sueldo del pecado la muerte, la vida eterna es pura gracia de Dios, que levanta la naturaleza servil al trato íntimo con su Hacedor⁷.» Todos los Escolásticos hacen aclamación á esta enseñanza, apoyados en el consentimiento de los Padres y Doctores. De inestimable precio son estas palabras de santo Tomás: «Como la última felicidad del hombre deba consistir en una altísima operación de su

¹ I Cor., xiii, 12.

² Ep. I, cap. III, 2.

³ *Heres.*, lxxx.

⁴ *Enchirid.*, cxxvii.

⁵ *Introduction à l'étude des races humaines*, 1887, p. 252.

entendimiento, si el entendimiento criado no pudiese alcanzar á ver la esencia divina, una de dos: ó digamos que jamás llegará á poseer la bienaventuranza, ó confesemos que en otra cosa y no en Dios se cifrará su felicidad: lo cual es ajeno de la fe. Porque la última perfección de la criatura racional está en aquello que es principio de su ser; porque en tanto una cosa es perfecta en cuanto se allega á su principio¹. Habla aquí el santo Doctor, no de aquel apetito natural y congénito con que el hombre apetece la felicidad en común y por mayor, sino de aquel apetito efíctico y avivado por el conocimiento que la fe le sugiere, y concebido como fácil de alcanzar con los auxilios de la gracia.

Conforme á esto, á dos fines podía el hombre ser ordenado: al natural y al sobrenatural; á la contemplación mediata, y á la visión intuitiva é inmediata de la esencia divina. Fué levantado á este segundo y nobilísimo fin; pudo haber tenido por fin exclusivamente contemplar á Dios en las obras criadas, y ese fuera el propio en el estado de naturaleza pura; mas en el estado de la presente dispensación, sacándole Dios de los límites de la naturaleza, le enalteció á la región divina, concediéndole gozar de su vista clara. Anduvieron, pues, sin tanto aquellos autores que reputaron necesario el destino del hombre á la visión intuitiva, porque sin él, decían, fuera miserable y de peor condición que los demás seres; á él inclina la criatura racional con todo el peso de sus tendencias; no obstante, sería sobrenatural este fin, repetían, solamente cuanto á los medios y cuanto á las fuerzas necesarias para conseguirle, que habian de ser dadas por Dios según la tasa de su providencia. Pero erraban por muchos conceptos los que tal discurrían;

¹ I p., q. xii.

porque suponían un fin natural y medios sobrenaturales, que no es pequeño inconveniente; porque iban contra el común de los teólogos, que estiman graciosa y sobrenatural la elevación á la vista intuitiva; porque hacían debido y necesario, no gratuito y de pura merced, un fin excelso sobre toda comprensión; porque, en fin, abrían portillo y daban la mano á la peste de los jansenistas, que enseñaron ser la visión intuitiva necesaria y debida al hombre inocente.

ARTÍCULO III.

Para encaminarse al fin indicado éranles forzoses medios sobrenaturales. — Gracia santificante. — En qué punto alcanzó Adán este precioso don. — Bienes y efectos de la gracia divina en Adán y Eva.

El tercer motivo en prueba de la existencia del orden sobrenatural es que, para alcanzar el fin sobredicho, érale forzoso al hombre ser grato á Dios, y merecer con su correspondencia un tan incomparable galardón. Y pues la bajeza de nuestro entendimiento no era poderosa á rastrear la noticia de un fin sobrenatural, mucho menos podía hallar medios acondicionados con que llegar al término de su viaje; y, por consiguiente, sin traza ni industria del hombre, hubo Dios de infundirle el don de la gracia que le hiciese santo, justo, recto, amigo, hijo y merecedor de gloria eterna. Á Dios le tocaba vestirle del ropaje celestial que transfigurase su alma, la santificase, la endiosase é hiciese templo vivo de la augusta Trinidad. Á la verdad, dogma católico es que Adán fué constituido en la gracia santificante antes de caer en pecado, apenas hubo salido de las manos de Dios. El Concilio de Trento lo declara formalmente¹. Bien demuestran á los ojos de todos esta verdad las santas

¹ Sess. v, *Decret. de peccat. orig.*, can. 1. 2.

Escrituras en decir: «Dios crió al hombre á imagen y semejanza suya¹.» «Crióle á imagen de su semejanza².» «Hizole recto³.» «Hemos de despojarnos del hombre viejo y vestirnos del nuevo, que fué criado según Dios en justicia y santidad de verdad⁴.» En todos estos lugares, como interpretan los santos Padres⁵, se hace significación de la gracia justificante que recibió el primer hombre en su estado de inocencia. Á este propósito, dice el P. Maestro Fr. Luis de León: «Dios cuando formó el primer hombre, y formó en él á todos los que nacemos de él, como en su simiente primera, porque le formó con sus manos solas, y de las manos de Dios nunca sale cosa menos acabada y perfecta, sobrepuso luego á la substancia natural del hombre los dones de su gracia, y figurólo particularmente con su sobrenatural imagen y espíritu, y sacólo, como si dijésemos, de golpe y de una vez acabado del todo, y divinamente acabado. Porque al que, según su facilidad natural, se podía figurar en condiciones y mañas, ó como bruto, ó como demonio, ó como ángel, figurólo él como Dios, y puso en él una imagen suya sobrenatural y muy cercana á su semejanza, para que así él como los que estábamos en él, naciendo después, la tuviésemos siempre por nuestra, si el primer padre no la perdiere⁶.» Todo esto es del Maestro León.

Pero ¿qué es la gracia justificante? Una participación de la naturaleza divina, responde santo Tomás. Mediante ella Dios no nos comunica su propia vida y substancia como la comunica á su Hijo natural, por manera que la

gracia no hace dioses, sino endiosados y divinos; empero no por eso deja de ser participación realísima y vitalísima de la divina esencia. Porque «la gracia, escribe aún el P. Maestro León, es una como deidad, y una como figura viva del mismo Cristo, que, puesta en el alma, se lanza en ella y la delifica, y, si va á decir verdad, es el alma del alma.... Entrando en ella, y ganando la llave della, que es la voluntad, y lanzándose en su seno secreto, y, como si dijésemos, penetrándola toda, y de allí extendiendo su vigor y virtud por todas las demás fuerzas del ánimo, la levanta de la afición de la tierra, y convirtiéndola al cielo y á los espíritus que se gozan en él, le da su estilo y su vivienda, y aquel sentimiento y valor y alteza generosa de lo celestial y divino; y, en una palabra, la asemeja mucho á Dios en aquellas cosas que le son á él más propias y más suyas, y de criatura que es suya, la hace hija suya muy semejante; y, finalmente, la hace un otro Dios, así adoptada por Dios, que parece nacido y engendrado de Dios¹.

Así habla el P. Maestro León, de cuyas hermosísimas palabras podemos colegir, que la gracia planta en el entendimiento humano un entendimiento divino, en el corazón humano un corazón divino, y en la voluntad una voluntad divina, con facultades, potencias, actos, fin y vida celestial y divina; con que se hace el alma capaz de ver á Dios cara á cara y de hablarle boca á boca, y de amarle con la misma caridad con que Dios se ama, y de gozar la bienaventuranza á la manera y estilo que Él la goza. El alma en gracia es, pues, un campo lleno de gémenes celestiales. El Adán divino asienta su morada en ella como en paraíso de deleites: allí vive para defender su dominio y cultivar su jardín. El

¹ Gen., 1, 27.

² Sapient., II, 23.

³ Eccles., vii, 30.

⁴ Ephes., iv, 23.

⁵ PEFAYO: *De opif. sex dier.*, l. II, cap. II. — BELARMINO: *De gratia primi hominis*, cap. II y III.

⁶ *Nombres de Cristo*, l. 1, 1; *Padre del siglo futuro*.

¹ *Nombres de Cristo*, libro II; *Príncipe de la Paz*.

primer Adán faltó á su deber: no hay peligro que falte el segundo. Mas no está solo, y poco podrá sin su compañera el alma, que es su Eva, y al propio tiempo su verjel: ambos á dos, trabajando juntos, labrarán la humana felicidad; separados uno de otro, engendrarían esterilidad y muerte segura¹.

La gracia santificante, era, pues, en Adán el don del Espíritu Santo, que, apoderándose de las potencias de su alma, encendía y avivaba el fuego sagrado del amor de Dios; el cual, de tal manera con sus ardores elevaba el alma y la transformaba en la semejanza divina, que hacía al hombre justo, santo, agradable hijo adoptivo, heredero de los bienes eternos, capaz de la clara vista de la divinidad.

En qué momento haya sido dotado el hombre de esta inestimable prerrogativa, no ha querido definirlo la Iglesia santa. El Maestro de las Sentencias, Escoto, san Buenaventura, Marsilio, Ricardo, Egidio y algunos otros teólogos, creyeron que Adán fué entronizado en el orden sobrenatural y honrado con el don de la gracia santificante después que hubo salido de las manos de Dios; porque en el acto de su formación solamente recibió una cierta rectitud de alma, junto con la lindeza de cuerpo, hasta que plugo al Señor colmarle de sus divinas mercedes. Pero Alberto Magno, santo Tomás y casi todos los posteriores teólogos abrazaron como cierta verdad, que fué puesto en la esfera sobrenatural y revestido de la gracia en el mismo instante que abrió los ojos á la luz. Con todo, pues no quiso el Concilio Tridentino dirimir esta contienda, según consta en la *Historia del Cardenal Palavicini*², no es razón poner manilla en la doctrina de los antiguos Escolásticos; cuanto más que todas

¹ GAY: *De la Vie*, t. 1, 1875, p. 50.

² L. VII, cap. IX.

las pruebas que se acumulan para demostrar que Adán fué criado en justicia y gracia de Dios, ó se fundan en autoridad de escritores, ó no pasan de conjeturas probables³.

Lo que más importa y en que no cabe discusión es, que en siendo el hombre introducido en este paraíso del orden divino, fué enojado con la alteza de aquellos bienes que le hicieron partícipero de la naturaleza de Dios: bienes altísimos que le apercibiesen al goce de la divina visión; bienes de santificación, gracia habitual, hábitos de virtudes infusas, dones del Espíritu Santo; gracias actuales, vivas mociones, inteligencias secretísimas; gracias de unión, trato íntimo con Dios, morada de las divinas personas, ilustraciones de misterios, noticias de la soberana Trinidad, conocimiento y amor del Verbo encarnado⁴: todas estas realzadas y singularísimas excelencias, ¿quién será tan temerario que no las califique de sobrenaturales y gratuitas, siendo constante no ser de su cosecha la criatura racional hija sino sierva, no merecedora del consorcio divino, sino digna solamente de aquellos dones que caen en la estrechura de lo natural y finito?

El primer hombre, pues, hecho nueva criatura, imagen y semejanza de Dios, vástago de divina prosapia, cubierto con el manto real de la gracia, empuñando el cetro de oro, caminaba, prosperaba, reinaba en el glorioso Edén, saludado rey de la creación por el festivo trinar de los pájaros, venerado por el solemne rugir de los leones, acariciado por el blando susurrar de los céfiro, regalado con las suavísimas armonías de las esferas, sustentado con el dulcísimo cebo del árbol de la vida, en medio del concierto universal de toda la creación. ¡Qué

³ SUÁREZ: *De op. sex dicit.*, l. III, cap. XVIII.—

CARD. MAZZELLA: *De Deo creatore*, disp. IV, a. 3.

⁴ D. THOM.: l. I, q. XCIV, a. 3.—II II, q. II, a. 7.

regalo en su interior! ¡Qué orden en sus potencias! ¡Cuán sujetos sus sentidos al imperio de la razón! ¡Cuán rendida su voluntad á la voluntad de Dios! ¡Qué paz! ¡Qué concierto! ¡Qué felicidad! La justicia original, la gracia santificante, como freno dulce y poderoso, tenía á raya el ímpetu de las potencias inferiores y las encadenaba y sometía á la dirección de la razón y voluntad¹. Arrebatada el alma purísima de Adán con los deleites del perfumado Edén, alzaba el vuelo sobre colinas y verjeles, lanzábase por la anchurosa región de los astros, buscando con ojos anhelantes el centro perenne de la vida, y sediento, bañábase en las corrientes de aquellas infinitas perfecciones. Allí su espíritu ardoroso, centella de luz y de fuego expirada de la boca de Dios, bebiendo raudales de dulcísimos deleites, amaba, adoraba, agradecía con himnos de respetuoso afecto el escondido misterio de la encarnación del Verbo eterno, que columbraba ya como camino indispensable para llegar al término que esperaba gozar en breve por interminable sucesión de siglos. La turba de espíritus angélicos no acertaban á descoger las alas, contemplando atónitos y fuera de sí al hombre, monarca de la tierra, á quien Dios había franqueado sus gracias, haciéndole tantas finezas de amor y esmerándose por él un tantico menos que por ellos había hecho.

ARTÍCULO IV.

El Verbo encarnado fué el fundamento del orden sobrenatural y el fin eminente de toda la creación, según el testimonio de las Escrituras, de los santos Padres y de la católica razón.

PARA más entera noticia de este misterio, preséntase aquí ocasión de inquirir qué parte le cupo al Hijo de Dios en la institución

¹ D. THOM.: I. II, q. LXXXII, a. 1.—In II, dist. I, q. 1, a. 1.

del orden de la gracia, según los inescrutables designios de su providencia. Porque el fin principal que la divina majestad pretendió en el fundar este linaje de cosas tan alto, ¿quién dudara sino que fué su mayor gloria y la comunicación de sus magníficas bondades? Mas qué fundamento dió á toda la traza de esta institución, es lo que queremos aquí tantear, con el favor de su gracia, siguiendo las huellas de los Santos y Doctores teólogos.

Dios, en aquella primera intención que eternamente concibió de comunicarse á las criaturas dándole ser, antes que precediese en su soberano consistorio decreto alguno de poner en luz las cosas, considerando que la más perfecta y divina manera de hacer comunicación de sí y de asentar amistad con sus hechuras, era juntar su naturaleza increada con una naturaleza criada, abrazándose con su más íntimo ser y haciendo en ella morada, determinó y tuvo por bien disponer que su amadísimo Hijo franquease su divinidad y tuviese por suya la humanidad, supositando la naturaleza humana en su persona divina; y fué tan por extremo lo que se regaló con la grandeza de este consejo, que para que no faltase en el mundo quien correspondiese con el Hijo de Dios hecho hombre, y le adorase, y amase, y sirviese, entre las infinitas cosas que podía criar, escogió lucidísimos escudrones de ángeles y largas generaciones de hombres, que fuesen sus amigos y servidores, adelantando sus fines con enviar primero los tres reinos, mineral, vegetal y animal, que hiciesen de aposentadores y preparasen morada al Hombre-Dios, y sirviesen á su engrandecimiento, á la manera que los medios remotos sirven á los próximos, y éstos y aquéllos al intento principal se proporcionan y ordenan. «Dios, dice el P. Suárez, en aquella primaria intención y voluntad

con que trazó darse á las criaturas, quiso el misterio de la Encarnación, prefiriendo á Cristo nuestro Señor, Dios y hombre, para que fuese coronamiento de todas las obras divinas... Y de aquí se sigue que si cotejamos la voluntad de la Encarnación y la de permitir el pecado, en razón de causa final la de la Encarnación fué la primera que tuvo ¹.

Esta grandiosa doctrina que el Padre Suárez realzó con la agudeza, solidez y erudición de su ingenio, hablala insinuado ya y propuesto más de veinte años antes el P. Maestro Fr. Luis de León en su obra *Los nombres de Cristo*. «Así como en el árbollaraz no se hizo para sí, ni menos el tronco que nace y se sustenta sobre ella, sino lo uno y lo otro, juntamente con las ramas y la flor y la hoja, y todo lo demás que el árbol produce, se ordena y endereza para el fruto que dél sale, que es el fin y como remate suyo; así por la misma manera estos cielos extendidos que vemos, y las estrellas que en ellos dan resplandor, y entre todas ellas esta fuente de claridad y de luz que todo lo alumbrá, redonda y bellísima, la tierra pintada con flores, y las aguas pobladas de peces, los animales y los hombres, y este universo todo, cuan grande y cuan hermoso es, lo hizo Dios para fin de hacer hombre á su Hijo, y para producir este único y divino fruto que es Cristo, que con verdad le podemos llamar el parto común y general de todas las cosas ².» Con parecido símil significó esto mismo después el glorioso Doctor de la Iglesia san Francisco de Sales, diciendo: «Así como la viña principalmente se planta por el fruto, y con ser lo primero que se desea y pretende, vemos que se adelantan las hojas y las flores; de la misma suerte el magnífico Salvador nuestro

fué lo primero en la intención divina, y en el diseño eterno que la providencia de Dios hizo de la creación temporal de las cosas, y en contemplación de este fruto amabilísimo hizo plantar la viña del mundo, y ordenó que muchas generaciones se sucediesen unas á otras, y como hojas y flores le precediesen ³.»

Ahora, que para honrar el nacimiento de Cristo crió Dios la majestad de este universo, echando primero las raíces de los elementos materiales, y edificando sobre ellos el reino mineral con su variedad infinita de formas y la muchedumbre de globos lucentes, el reino vegetal con su hermosura de árboles y vistosas flores, el reino animal con tanta diversidad de especies é individuos, el reino humano con la sagacidad y habilidades de los hombres, y el reino espiritual con la pureza y resplandor de los seres inmortales; que todo, en fin, lo terreno y lo celeste, lo material y lo espiritual, lo caduco y lo imperecedero, lo recapitulase y sumase en Cristo, como para quien estaba ordenado desde el principio del mundo, divinamente lo dió á entender el Apóstol san Pablo á los colosenses, diciendo: «Él es imagen de Dios invisible, y el engendrado primero que todas las criaturas; porque para él se fabricaron todas, así en el cielo como en la tierra, las invisibles y las visibles, así los troncos como las dominaciones, potentados y principados, todo por él y para él fué criado; y él es el príncipe que va delante de todos, y todas las cosas tienen ser por él ⁴.»

No hay por qué dudar que este testimonio hable de Cristo, Dios y hombre. Así lo declaran los santos Crisóstomo ⁵, Agustín ⁶, Jerónimo ⁷, Grego-

¹ Práctica del amor de Dios, l. n, cap. v.

² Coloss., 1, 15.

³ Hom. xv.

⁴ Contra ejest. fundam., cap. xxxvii.

⁵ In glossa.

rio Nazianceno ⁸; ni parece sufrir otro sentido el contexto. Porque habiendo los falsos doctores, amigos de la ley mosaica, esparcido por el Asia menor el culto y la religion de los ángeles, igualándolos con Cristo en la dignidad, y enseñando que debían los hombres adorarlos y acercarse por ellos á Dios ⁹; san Pablo, esforzándose contra aquellas perversas doctrinas, en esta carta demuestra á los fieles de Colosas que en solo Cristo Hijo de Dios está nuestro remedio y reconciliación con el Padre, y que no han de ser odios los que dan á los ángeles oficio de medianeros; mas á fin de satisfacer á todos los entendimientos y sacar de raíz las semillas del error, no exalta como quiera la preeminencia de Cristo, presentándole sólo como imagen del Padre, sino que pasando de vuelo por las criaturas materiales y espirituales, asienta sobre todas la majestad del Salvador, haciendo derivar de él gracias, virtudes, poder, y lo que más es, el ser y substancia misma de ellas. ¿Qué eficacia tendría la argumentación de san Pablo, si pudieran sus adversarios oponer que los ángeles no dependían de Cristo, ni habían sido criados por su respeto y contemplación ¹⁰?

Entendiéolo así el abad Ruperto, y dijo: «El Padre, como tuviese en el sagrario de su pecho al único Hijo, quiso edificarle palacio y proveerle de numerosa familia... que asistiese á su trono y le hiciese compañía... Por esto hizo todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra, y pobló el cielo invisible de ejércitos de ángeles, y la tierra de muchas generaciones de hombres ¹¹.» Parado también el P. M. Fray Luis de León en la palabra *Primogénito* del testimonio alegado, añade este bello

comentario: «Y dice que es engendrado primero, que es primogénito, no sólo para decir que antecede en tiempo el que es eterno en nacer, sino para decir que es el original universal engendrado, y como la idea eternamente nacida de todo lo que puede por el discurso de los tiempos nacer y el padrón vivo de todo, y el que tiene en sí, y el que deriva de sí á todas las cosas su nacimiento y origen. Y así porque dice esto, añade luego á propósito dello y para declararlo mejor: *Porque en él se produjeron todas las cosas, así las de los cielos como las de la tierra, las visibles y las invisibles*. En él dice que quiere decir en él y por él, en él primero y originalmente, y por él después, como por maestro y Artífice ¹².» Este discurso del Maestro León, es muy según el sentir de los Padres, que para cerrar la boca á los arianos y darles en rostro con el abuso que de este lugar hacían, enseñaban y defendían que Cristo era unigénito ante toda criatura, y no de más aventajada naturaleza que todas ¹³.

Este testimonio del Nuevo Testamento recibe esclarecida confirmación de aquel otro del Viejo, que dice: «El Señor me poseyó en el principio de sus caminos» con todo lo demás ¹⁴, que allí va diciendo el sagrado escritor, donde teje los encomios más encumbrados del Hijo de Dios hecho carne, según que lo exponen los Padres griegos y latinos, san Atanasio ¹⁵, san Gregorio Nazianceno ¹⁶, san Agustín ¹⁷ y san Ambrosio ¹⁸. Los Setenta trasladaron: «El Señor me crió principio de sus caminos en orden á sus obras.» Si, pues, Cristo fue criado primero que

¹ Nombres de Cristo, l. ii: Hijo.

² CHARLES GAY: *De la Vie et des vertus chrétiennes*, tr. 1, § 1.

³ Proverb., viii, 21.

⁴ Serm. 3, contra Arian.

⁵ Orat. xxxvii.

⁶ De Trinit., l. 1, c. xii.

⁷ De Fide, l. 1, cap. viii.

⁸ Orat. xliii.

⁹ Trionfetto: In Coloss.

¹⁰ Eran: In ep. ad Coloss. Argum.

¹¹ De Trinit., l. iii, c. xx.

las cosas, y no lo fué, cierto, en el orden ejecutivo, resta que digamos que lo fué en el intencional de Dios. Allégame que *caminos del Señor* son sus acuerdos y las trazas que ideó para el buen gobierno del mundo; como si quisiera significar que Dios, queriendo en Cristo encabezar y dar principio á la fábrica del mundo, puso su predefinición como centro de donde tirar las líneas de su plan divino.

Con grande aviso expuso la interpretación de estos dos lugares de los Colosenses y de los Proverbios el Doctor de la Iglesia san Francisco de Sales por estas devotas palabras: «La soberana Providencia, cuando hizo en su eternidad el diseño y montea de todo lo que había de criar, amó ante todas las criaturas y con exceso de amor sumo al más amable objeto de su voluntad, que es nuestro Salvador, y después por su orden á las demás criaturas, según más ó menos pertenecen á su servicio, y al honor y gloria del mismo Salvador. Así que todo lo que se hizo fué hecho por este Hombre-Dios, el cual por eso es llamado *Primogénito de toda criatura*, á quien *poseyó Dios desde el principio de sus caminos* antes que Dios las criase á ellas, criado al principio y antes que fuesen los siglos, porque en él se hicieron todas las cosas y en él tienen su ser y firmeza, y es cabeza de toda la Iglesia, gozando en todo y por todo la primacia ¹. Por donde ¿quíerese más claro ser Cristo la razón de todas las cosas, la traza de todo el plan del universo, el artífice de toda esta gran máquina, el príncipe de todo lo criado? Así, cuando echaba Dios en Cristo el resto de su omnipotencia y derramaba en él todo aquel océano de su vida infinita, tenía delante de sí los innumerables seres que por él habían de participar los dones de la naturale-

¹ *Tratado del amor de Dios*, l. II, cap. v.

za, por él ser enriquecidos con las joyas de la gracia, y por él entrar en posesión de los bienes de la gloria.

En tercer lugar, Cristo es causa final de la justificación y predestinación de los hombres. Dícelo abiertamente San Pablo por estas palabras: «Dios predestinó los hombres á conformarse con la imagen de su Hijo, á fin de que fuese primogénito entre muchos hermanos ². Es á saber: el Padre puso á Cristo por principal dechado á quien deben procurar imitar hombres y ángeles ³; díónos en Cristo una palabra entera hablada por Dios ⁴, siendo las criaturas letras imperfectísimas salidas de la boca del Verbo; constituyóle cabeza de un cuerpo inmenso de hermanos ⁵ que componen la gran familia, cuyo mayorazgo y heredero universal fuese él ⁶; y por consiguiente, todas las cosas naturales y sobrenaturales, esperanzas, galardones y gozos, de Cristo hablan, á Cristo dicen y en él vienen á parar. Así se entiende aquella voz de San Pablo tan colmada de sentido: *Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei* ⁷. La gloria del cristiano está puesta en ser fin de las cosas criadas; todas sirven á la obra de la gracia, la vida y la muerte, el presente y el porvenir, el mundo y los ángeles: *Omnia vestra sunt*. Mas toda esta universalidad de cosas, incluso el hombre, que es su monarca, rinde vasallaje y tiene por señor al Hombre-Dios: *Vos autem Christi*. El cual, como hombre y como Verbo, es obra y propiedad del Padre, *Christus autem Dei*, el blanco de todas sus obras, el amado y deseado ante todas, el fin en quien llevó eternamente la mira.

Cuando el amor divino dió traza cómo hacer un hombre Dios, y preparó el don ⁸ para regalárselo á las cria-

¹ Rom., vii, 25. — ² I Cor., iii, 16. — ³ Apoc., i, 8. — ⁴ I Cor., i, 18. — ⁵ Hebr., i, 2. — ⁶ I Cor., iii, 22. — ⁷ Jo., iv, 10.

turas racionales, en cuyo trato hallasen amabilidad incomparable, ya entonces, antes que naciesen seres, determinó dar á su Verbo humanado por esposa una casta generación de hermanos que viviesen del rocío de sus gracias y gozasen del beneficio de su gloria.

Divinamente expresó la ejecución de este pensamiento el poderoso ingenio del Maestro León por estas palabras: «Primero que naciese en carne Cristo, y luego que los hombres, ó luego que los ángeles comenzaron á ser, comenzó á prender en sus corazones dellos su deseo y amor. Porque, como altísimamente escriben San Pablo, cuando Dios primeramente introdujo á su Hijo en el mundo, dijo: Y adórenle todos los ángeles. En que quiere significar y decir, que luego y en el principio que el Padre sacó las cosas á luz y dió ser y vida á los ángeles, metió en la posesión de ellos á Cristo, su Hijo, como á heredero suyo y para quien se crió, notificándoles algo de lo que tenía en su ánimo acerca de la humanidad de Jesús, señora que había de ser de todo y reparadora de todo, á la cual se la propuso delante los ojos para que fuese su esperanza y su deseo y su amor. Así que cuanto son antiguas las cosas, tan antiguo es ser Jesucristo amado de ellas, y, como si dijésemos, en sus amores dél se comenzaron los amores primeros, y en la afición de su vista se dió principio al deseo, y su caridad se entró en los pechos angélicos, abriendo la puerta de ella antes que ningún otro que de fuera les viniese... Y como las demás cosas para ser amadas quieran primero ser vistas y conocidas, á Cristo le comenzaron á amar los ángeles y los hombres sin verle y con solas sus nuevas. Las imágenes y las figuras suyas, ó, diremos mejor aún, las sombras oscuras que Dios les puso delante, y el rumor sólo suyo y su fama les encendió los espíritus con

increíbles ardores ¹. Hasta aquí este admirable escritor.

Juntemos á su teología la de los Padres antiguos. San Cirilo de Alejandría, comentando el lugar de los *Proverbios*, dice: «Primero que nosotros es fundado Cristo; nosotros somos en él sobredificados y salvados, antes de comenzar á ser el mundo, en la presencia de Dios: á fin de que, como por disposición divina anteceda la bendición á la maldición, y la promesa de vida á la condenación de muerte, y á la servidumbre del demonio la libertad de la adopción, pueda la naturaleza humana levantarse otra vez de su abatimiento al puesto de la dignidad primera por la gracia de Cristo.» — San Ireneo significa este misterio diciendo: «Como existiese el Salvador, convenía que fuese hecho el que se salvase, para que no fuese vano y vacío el que tenía salud ².» Cuyas palabras muestran claro que, á no ser que supongamos que el hombre no podía existir sino es en traje de pecador, Cristo Salvador fué trazado y constituido primero, y el linaje humano después.—San Atanasio declara por una hermosa comparación cómo el Verbo Encarnado fué un misterio bastante de suyo para, no sólo edificar el orden sobrenatural, mas también reparar su ruina y restituírle á su primer esplendor. «Á la manera, dice, que un sabio arquitecto que quiere levantar una casa, y que hace cuenta de repararla, si acaso viniese al suelo, tiene prevenidos y á mano los materiales que son menester, de forma que antes que la casa se construya están á punto y apercebidos los pertrechos de su reparación; no de otra manera la renovación de nuestra salud en Cristo fué fundada antes de tenerla nosotros, para que en él también pudiésemos ser

¹ *Nombres de Cristo*, l. III: *El Amado*.

² *Advers. haeres.*, cap. xxxiii.

restaurados. Así que el acuerdo y el propósito fué formado antes del tiempo; y entonces se hizo la fábrica, cuando la necesidad lo pidió, y vino el Salvador.¹—La misma semejanza emplea san Cirilo diciendo: «El arquitecto prudente que ha de edificar un palacio duda verosíblemente que con el tiempo padecerá detrimento la alteza del edificio; y por esto abre zanjias holgadas y echa firmísimos cimientos, para que si algún trastorno reciben las partes superiores puedan luego repararse, conservando la misma planta y fundamento. No de otra suerte nuestro Criador fundó á Cristo cimiento de nuestra salud, antes del principio del mundo, para que si cayésemos con prevaricación, en él fuésemos de nuevo levantados.»

Otros autores se podrían traer, si estos no bastasen, para mostrar la verdad que pretendemos; pero arma á nuestro propósito admirablemente y es sabrosísimo al paladar devoto un himno de san Gregorio Nacianzeno, que, entre otras cosas, dice á Cristo: «A tí, ¡oh Cristo!, se debe que el sol en el cielo con sus resplandores quite á las estrellas su luz, así en comparación de tu luz son tinieblas los más claros espíritus. Obra tuya es que la luna, luz de la noche, vive á veces y muere y torna llena después y concluye su vuelta. Por tí el círculo que llamamos zodiaco, y aquella danza, como si dijésemos, tan ordenada del cielo, pone sazón y debidas leyes al año, mezclando sus partes entre sí y templándolas, como sin sentir, con dulzura. Las estrellas, así las fijas como las que andan y tornan, son pregoneros de tu saber admirable. Luz tuya son todos los entendimientos del cielo que celebran la Trinidad con sus cantos. También el hombre es tu gloria, que colo-

caste en la tierra como ángel tuyo, pregonero y cantor.»

Haciendo ahora uno de todos estos clarísimos testimonios de la Escritura y de los santos Padres, podemos ya concluir que Cristo nuestro divino Salvador fué querido, y decretado primero que las criaturas, y éstas por amor de él. «Este es, exclama san Francisco de Sales, el orden de la Providencia, en cuanto mirando á las Escrituras y á las doctrinas de los antiguos podemos rastrear, según que nuestra flaqueza es capaz de hablar en este misterio.»

Así que, Dios estribó en su Verbo encarnado sobre todo otro fin. Ni le faltaban razones poderosísimas para holgarse con él. Porque Cristo es amable de suyo, por ser obra excelentísima que contiene sumaria y eminentemente todas las demás; es obra gloriosísima, porque reverbera los atributos de la Divinidad y lo pregonera y exalta; es obra santísima, porque basta para santificar y endiosar con su gracia ángeles y hombres; es obra perfectísima, porque con las prerrogativas que posee, ennoblece el universo y completa y perfecciona el orden natural. De estos principios se hace indubitante que aun no reinando en el mundo pecado, hubiera pasado adelante el decreto del Verbo hecho carne. ¿Faltarán acaso entonces ángeles y hombres? ¿No habría existido Adán por ventura? Luego tampoco hubiera faltado Cristo, fin principal, gala y prez del universo. No hubiera Cristo faltado, Cristo, gloria de Dios, gloria de los ángeles, gloria de los hombres, gloria del mundo. Y no habiendo entonces pecados que perdonar ni males que curar, Cristo fuera medio, no remedio; fundamento de entereza, no arrimadizo de ruina; santificador, no redentor; sacerdote de adoración, no víctima de ex-

¹ Versión del P. Maestro León: Nombre, Arrado.

² Tr. del Amor de Dios, l. II, cap. IV.

piación; don de justos, no perdón de pecadores; inmortal, no pasible; pero en todo trance Cristo Jesús, salud, gracia, santificación, vida eterna y nuestro único bien.

ARTÍCULO V.

Fué revelada al primer hombre la Encarnación del Hijo de Dios.—Sueño de Adán.—La unión de Adán y Eva, imagen de este misterio.—El mundo da gloria á Dios.—La caída y la reparación.—El Verbo humanado es piedra angular de ambos testamentos.—Excelencias de la Redención.—Bienes que vienen por Cristo al mundo sensible.—La Virgen Madre de Dios.

DENTRONIZADO, pues, Adán en el centro de las delicias y hecho señor universal de la tierra, entre las gracias que recibió una fué la fe explícita en el misterio de la Encarnación, no en cuanto ordenado á librar de culpas por la sangre del Dios-hombre, como luego diremos, sino á consumir la felicidad en cuanto medio y camino para la gloria; creía Adán en Cristo Jesús como autor de la gracia y fuente de la vida sobrenatural á que había sido sublimado. No solamente tuvo conocimiento de este augusto misterio, mas también le profetizó y divinamente le cantó. Su vida era un andar metido en Dios, anegado en los raudales de su dulzura, engolfado y sumido en el piélago de sus bondades, esmerándose en agradecerle los beneficios recibidos. Y cuando la unión mística de amor es fuerte, saca al alma de sí y de sus sentidos, y la traspasa en Dios, ora pasmándola de admiración, ora encendiéndola en afectos, ora embriagándola de purísimo deleite, con tan rara mudanza en el cuerpo, que ni los sentidos ejercitan operación sensitiva, ni los miembros hacen movimiento, ni el hombre da señal de vida, aunque en tornando en sí, muy bien se acuerda de lo que experimentó en aquel suave

enajenamiento; así por el mismo estilo metióle nuestro Señor á Adán muy adelante en la intimidad de su trato, y aislándole las potencias traspuso tan altamente su espíritu en pureza mental, que le transportó á otro paraíso muy diferente de aquel terrestre, y le abrió un camino de luz, y juntamente le descubrió sus secretos por tan admirable manera, que por ninguna se puede bien explicar.

Arrobado en éxtasis profundo, pasó por su mente esta intelectual visión, según que nos es dado conjeturar. Envióle Dios un sueño extático, en que se le ofreció delante lo que los ángeles contemplaban, y durmiendo penetró en el santuario de la divinidad, y transportado recibió inteligencias secretísimas. Llegado á lo alto del éxtasis, veía con vista vivísima de fe cómo el Padre, fuente de toda fecundidad, origen de toda autoridad, manantial de toda paternidad, engendraba á su divino Verbo, y comunicábale su inefable esencia y absolutas perfecciones; contemplaba cómo el Verbo era engendrado en el seno del Padre entre eternos resplandores; rastreaba cómo el Hijo amaba al Padre con amor tan vivo y apretado, y se unía con él en lazo tan substancial y divino, que de la unión de entrambos procedía la persona del Espíritu Santo: el cual, siendo amor esencial y don de dones, por incomprendible manera se comunicaba y extendía, y henchía de su virtud cieles y tierra, llegando á juntar entre sí estos dos extremos, y á constituir en la sola persona del Verbo las dos naturalezas, celestial y terrestre, divina y humana. En esta inefable unión del Hijo de Dios con la humanidad columbraba el contemplativo Adán, que en

¹ Tertullian.: De anima, cap. xv.

² S. August.: De Genes. ad litt., l. ix, cap. xix, xxxvi.—S. Hieron.: ad Ephes., v.—Tertull.: lib. de anima, cap. i.—D. Thom.: De Veritate, q. xiii, a. 2.—Suaréz: In III p., q. 1, a. 3.

³ D. Thom.: II II.^o, q. II, a. 7.

¹ Or. 2 contra Arian.

² In Theos., l. v, cap. viii.

siglos no lejanos, el Verbo del Padre saldría de las entrañas de una purísima doncella por obra del Espíritu Santo, para ser en hecho de verdad el autor y consumidor de la vida sobrenatural. Así soñaba Adán.

Y no era todo sueño; era en sueño realidad, era éxtasis colmado de admirable verdad. Mientras el hombre dormía, acércasele Dios, y toma de su costado una costilla, vístela de carne y hermosura, dale vida infundiéndole alma espiritual. Embargados tenía el hombre los sentidos cuando del costado le sacó Dios la mujer; no vió el misterio recóndito de aquella instantánea formación, porque siempre quiso la divina majestad que sus creaciones fuesen un secreto escondido á la curiosidad de los hombres. Despierta Adán; y viendo el sueño realizado, no cabiendo su alma de placer, exclama saludando la obra de Dios, y celebrando el secreto divino: «Este es hueso de mis huesos, y carne de mi carne...», y pasando á profetizar, olvidado de la esposa que tenía delante de sí, no parando en las gracias de todo el Edén, quitando los ojos de Eva para trascender todo lo criado, y ponerlos en el Esposo de la humanidad, que había de salir de su Padre, y dejar los cielos, y descender á la tierra, y tomar madre, y luego abandonarla para buscarse esposa, la Iglesia, con quien eternamente vivir abrazado y estrechamente unido; en medio de suavísimos transportes cantó un sublime epitalmio, prorrumpiendo en estas misteriosas voces: «Por esto dejaré el hombre á su padre y á su madre, y se juntará con su esposa, y serán dos en una carne».

Al mismo tiempo, en diciendo *adheribit uxori suae* proclamó la unidad esencial del matrimonio, la cual se constituye por la recíproca potestad

¹ Gen., II, 23.

que los esposos se dan. Al decir *erunt duo in carne una* determinó la unidad efectiva ó el efecto del recíproco entregamiento en orden á los mutuos oficios. El perpetuo é indisoluble vínculo de la sociedad conyugal fué preconizado en estas enfáticas palabras, como lo enseña el Concilio de Trento¹. De donde la institución de la sociedad doméstica es antecedente á toda humana invención, es institución divina; institución fecunda, que manda Dios que se perpetúe, diciendo á entrambos: «Creced y multiplicaos», con que declara y ratifica la facultad que les había dado, y los induce á ejercitar de hecho actos á que su naturaleza los inclinaba. No fué humana esta institución; porque ¿cómo considerados los dos sexos tuviera Adán conocimiento suficiente para argüir el carácter de unidad é indisolubilidad del enlace matrimonial? Dios fué quien los unió, y lo que Dios trabó no está en mano del hombre desbaratarlo y desunirlo².

Este enlace de nuestros primeros padres simbolizaba el abrazo místico de la divinidad con la humanidad en la persona del Verbo; y le simbolizaba especulativamente: no como el matrimonio cristiano, que representa de hecho y prácticamente tan maravillosa unión; que por eso confiere gracia sacramental, cual no la confería el antiguo, que era sólo figurativo, aunque indisoluble y verdadero contrato. Figura fué sólo capaz de significar la indisoluble unión de Cristo con su Iglesia, según que San Pablo con alta majestad de voces lo significó: «Y serán, dice, dos en una carne. Gran sacramento es este; pero entendiéndolo yo de Cristo y de la Iglesia».³ «No niega san Pablo, exclama aquí el Maestro León, decirse con verdad de Eva y de Adán aquello, y serán una carne los dos, de los cuales al principio se dijo;

¹ Sess. XXIV. — Marc., x, 9. — Ephes., v, 31.

pero dice, que aquella verdad fué semejanza de aqueste otro hecho secreto, y dice que en aquello la razón de ello era manifiesta y descubierta razón; más aquí dice que es oculto misterio».⁴

Á la verdad, la Iglesia, cuerpo de Cristo, de su carne fué edificada y con el Verbo divino se enlazó cuando el Verbo se hizo carne: el ser, pues, sacada de su divino costado cuando dormía en la cruz el sueño de muerte, significa solamente que recibió acrentamiento y plenitud su cuerpo místico; por esta razón fué entonces y sigue y seguirá siendo una como amplificación y desenvolvimiento de la unión del Verbo con la humana naturaleza. La formación de Eva fué un efecto anticipado de entrambos enlaces⁵. La Iglesia es la plenitud del Verbo⁶, el lleno de la vida del Verbo. En la Iglesia rebosan los poderes del Verbo, su santidad, sus gracias, sus dones, su espíritu; á la Iglesia le ha cabido en suerte el tener por cabeza á Jesús, como al hombre ser cabeza de la mujer: que por eso llamó san Pablo á Adán *forma futuri*⁷, imagen y figura del Adán futuro, del Adán segundo⁸, del Adán celestial⁹, del Padre del siglo por venir⁷. Porque «Dios, dice el P. Alávide, quiso y decretó que Adán y todas sus cosas fuesen por Cristo, y tipos de Cristo y de las cosas que Cristo había de hacer: y así en el divino decreto resplandeció la mutua relación entre Cristo y Adán. Porque Adán no habría sido criado padre de todos los hombres para transmitirles su justicia é iniquidad, si en eso mismo no hubiera sido tipo y figu-

ra de Cristo, que debía ser padre y cabeza de todos los hijos de Dios»¹.

Lo anunció al mundo el gran Tertuliano con estas imponderables palabras: «Grande era la obra que iba á salir del barro terreno: cada rasgo, cada línea del divino artífice señalado en la arcilla, figuraba á Cristo, que un día había de ser hombre»². Y en otra parte prosigue en el mismo pensamiento, y dice: «Si Adán figuraba á Cristo, el sueño de Adán era la muerte de Cristo, que había de dormir muriendo para que de su costado herido fuese figurada y formada la Iglesia, verdadera madre de vivos»³. No menos esclarecidas son estas palabras de san Agustín: «En que al principio de la creación del linaje humano, de la costilla que quitó Dios al costado del varón que estaba durmiendo, se hiciera la mujer, convenía ya entonces con esta obra profetizar á Cristo y á la Iglesia. Porque aquel sueño del hombre era símbolo de la muerte de Cristo, cuyo costado, estando él muerto colgado en la Cruz, fué abierto con la lanza, y de allí salió agua y sangre, que sabemos que son los Sacramentos con que se edifica la Iglesia. Porque de este término usó también la Escritura donde no dijo: *Formó, fingió, sino edificó la costilla en mujer*. Y así también el Apóstol, á lo que es la Iglesia, llama *edificación del cuerpo de Cristo*»⁴. Hasta aquí san Agustín.

Por consiguiente, Dios había representado en Adán las trazas que pensaba llevar á ejecución en su Verbo Encarnado. Y así como el universo mundo, antes de nacer Adán, era tosco, vulgar y sin vida razonable, y en abriendo Adán los ojos, saltó el mundo de gozo y cantaron por sus

¹ Nombres de Cristo, I, II: Episo.

² P. MARTIN: De matrimonio, t. II, p. 73.

³ Ephes., I, 23.

⁴ Rom., VI, 14.

⁵ I Cor., XV, 47.

⁶ I Cor., XV, 47.

⁷ Is., IX, 6.

¹ In ep. ad Rom., v, 14.

² De Resurrectione carnis, c. v.

³ De anima, cap. XIII.

⁴ De Civit. Dei., II, XXI, cap. XVII.

labios las criaturas cantos de alabanza al Altísimo Hacedor; así también la naturaleza humana, que era de suyo inhábil para amar sobrenaturalmente, ni capaz, con toda la muchedumbre de criaturas, para honrar y glorificar dignamente al Señor de la majestad, al recibir ahora á Cristo por mayorazgo y por carne de su carne, en teniéndole á él por centro, alma y vida de sus operaciones, en el punto de serle dado por cabeza de todos los predestinados, pudo ella en Cristo y por Cristo dar gloria cabal á Dios, tributarle perfecto homenaje de adoración, cual se debe á la soberana majestad.

Dar gloria á Dios, ¿quién tal jamás pensó? ¿La criatura vil y miserable glorificar al Sumo Hacedor? ¿En qué pensamiento cupo tal pasmo de maravilla? Con todo, en el lenguaje cristiano ha tomado derecho de propiedad la voz «glorificar á Dios». San Pablo la pronunciaba con inefable ternura: «alabanza á Dios por Jesucristo»¹, porque revestidos del espíritu de Cristo, bien podemos llamar á Dios Padre, Padre², y exhalar gemidos que le roben el corazón. En nombre y en persona de Jesús, tiene el hombre patente y abierto camino hasta el estrado del Padre celeste³. Bien podrán estar pertinaces los hombres carnales que no arrostran las cosas espirituales, tachando de presunción el trato íntimo del hombre con el Todopoderoso. ¡Insensatos! No ven que el esclavo, revestido del espíritu de Jesús, tórnase hijo; de terreno, celestial; de pecador, hermano de Cristo, heredero del reino y partícipe de la gloria perdurable...!

Empero el primer hombre, juntamente con las mejoras de tantos privilegios, recibió la libertad entera,

¹ II Cor., 1, 20. — ² Rom., viii, 15. — ³ Ephes., ii, 18; iii, 12.

sin linaje de violencia. Presentóle Dios agua y fuego, y dióle á escoger. Librementemente tomó el fuego, y el agua la desechó. El fuego levantó llamaradas que abrasaron su voluntad, nubes de humo que ofuscaron su entendimiento, y el fuego de la tierra encendió los braseros del infierno. Manchada la obra de Dios, perdida la semejanza, no quedó sino la imagen, fea y desfigurada, sólo capaz de recibir lumbre y hermosura y de ser levantada otra vez á la alteza sobrenatural de donde había caído¹. Justicia de Dios, que se ejecutó en todos los hombres con infinita equidad. Son aquí muy de observar los efectos de este delito. Dos fuerzas poderosas y contrarias, la naturaleza y la gracia, formaban en Adán, compuestas en proporción admirable, un suavísimo concierto, que no le dejaba sentir desorden en las pasiones. El pecado bastó para soltar el nudo misterioso que causaba tanta armonía. Y como de una herida resulta desunión violenta de dos cosas antes unidas, destrabada del alma de Adán por la maldad de la culpa la virtud de la gracia santificante, el hombre, que antes tenía en su mano las riendas de pasiones y sentidos y bajo su imperio el instinto de los animales, derribado ahora de su trono, quedó solo, medio muerto, cubierto de heridas, inhábil para caminar al fin sobrenatural: vulnerada la razón, levantó cabeza la concupiscencia con brutal desenfreno; vulnerada la ciencia, se puso el error en armas; vulnerada la inmortalidad, empuñó su cetro la muerte; vulnerada la hermosa paz, voló al cielo, y bajó la guerra con el diluvio de males que inundaron el mundo infiel.

Detengamos el aliento, siquiera para significar en breves palabras la importancia de la tabla cuneiforme, de

¹ S. AUGUST. *Contra Manich.*, vi

nominada por los asirólogos *Combate contra Tihamat*, descubierto por Jorge Smith¹. Compónese de dos fragmentos. El primero describe los preparativos de la pelea; el segundo encierra la caída de la humanidad. El primero, fuera de un altísimo concepto de Dios uno sin mezcla de politeísmo, contiene entre otras cosas una lista de santísimos preceptos impuestos al hombre. «La tabla caldea, *Deberes del hombre*, muy anterior al Pentateuco de Moisés, puede mirarse como una memoria del primer Código moral dictado por Dios al hombre después del pecado, ó ciertamente como el eco más antiguo, en escritura conocida, de la ley natural impresa por Dios en el corazón humano desde el principio.» En el segundo fragmento campean singularmente el *Dragon Tihamat* poniendo asechanzas al hombre, y Dios maldiciendo al linaje humano y espantándole con terribles amenazas. En la segunda parte de este último fragmento no se menciona la caída; pero de los cargos que Dios hace al hombre y del estado de inocencia que en el primer fragmento queda descrito, se echa de ver cuán perfecta consonancia tenga la doctrina de los caldeos con la del Génesis en la historia del pecado de Adán. Ahora prosigamos el empezado discurso.

El pecado de Adán, robándole la gracia santificante, desbarató las trazas de esta primera dispensación, y dió con el plan divino en el suelo. No le faltaban á Dios providencias en sus consejos eternos: para remedio del mal tomó otra más excelente que la primera. Entre los infinitos ingenios que su sabiduría ideó, el más glorioso, el más digno de su amor fué disponer que de los mismos hijos de Adán culpable naciese uno que con la virtud de sus merecimientos reparase los da-

ños ocasionados por la primera prevaricación. La caída pide rescate; el rescate, redentor. El Verbo del Padre se vestirá de carne, no como quiera humana, sino culpable y cubierta de heridas, volveráse pecador sin la vileza de la culpa, haráse cargo y saldrá por fiador de todos los pecados y pecadores, cubrirá su inocencia con el personaje del pecador universal, y se dejará padecer tormentos y muerte como reo ante el trono de la divina justicia. No entendió Adán en aquel místico sueño el misterio de la Redención; pero oyó y entendió la promesa luego que se vió despojado del manto de la gracia; y comenzó á esperar al Redentor. Porque en oyendo aquellas amenazantes palabras dichas por Dios á la serpiente: «La descendencia de la mujer te quebrantará la cabeza», los que por su abominable delito á rayos merecían que los hiciesen mil pedazos y que los hundieran en los infiernos, viendo ahora cuán fino se mostraba el Señor con ellos y con su prosapia, deshechos en lágrimas de ternura, alentaron en su pecho la confianza de un futuro Reparador. ¿Pudo la bondad de Dios singularizarse más? ¿Pudo su sabiduría trazar designio más glorioso? ¿Pudo su poder proveer de remedio al mal volviéndole en bien, y el bien en mejor, llegando al cabo con esta empresa, más generosamente? No hay duda: esta obra desfiló los atributos de Dios, y recogió en sí y concertó lo más extremo y sumo de todos, hermanando lo más fino del rigor con lo más acendrado de la ternura y compasión. Así la justicia y la clemencia se abrazaron al pie del árbol tremendo y se dieron ósculo de paz: que si el pecado del primer Adán fué pecado de la naturaleza humana, la santidad del segundo Adán viene á ser la santificación de la naturaleza caída.

La promesa del Edén es el primer

¹ *The Chaldean Account of Genesis*, 1875.

² *La Civiltà Cattolica*, serie x, vol. vii, p. 27.

eslabón de un encajamiento de vaticinios. La historia del cielo y de la tierra será de hoy más la historia de Jesús Redentor. Las sagradas Letras no hablarán sino del Hijo de la Virgen. El Viejo Testamento le presentará como un germen escondido, el Nuevo nos ofrecerá el fruto maduro. El Dios-hombre es el alfa y el ómega de todas las Escrituras, la expectación de todos los justos. Adán y Eva se gozaron ya con su noticia, Noé entenderá con más claridad su venida¹, Abraham se alegrará contemplando su día en lontananza², Jacob le aclamará príncipe³, Balaam pregonará su realeza⁴, Moises le anunciará legislador⁵, David cantará las glorias de su reinado⁶, Miqueas realizará la generación eterna⁷, Isafas celebrará la virginidad de su madre⁸, Malaquías le verá entrar en el templo⁹, Jeremías contará su pasión y muerte¹⁰, Daniel señalará los años de su venida¹¹: en fin, San Pablo, sumando todos los rasgos de entrambos Testamentos, le llamará «piedra angular, fundamento de apóstoles y profetas»¹².

De este inmenso beneficio del Redentor había de reflorescer esta gloria, que «no tuvo tanta eficacia el delito como el don»; ni causó tanto daño Adán, que mayor provecho no recibiésemos de Cristo. Porque si Adán tuvo gracia en cierto modo accidental, nosotros poseemos la substancial divinidad; si en Adán fué la gracia mudable é inconstante, en nosotros echa tan hondas raíces, que muchas almas gozan de Dios que jamás la perdieron; si en Adán estuvo á merced del libre albedrío, en nosotros ayuda poderosamente á frenar la inconstancia del libre albedrío; si en Adán no era premio de méritos, en nosotros es justo

¹ Gen., ix, 26.—² Gen., xii, 3.—³ Gen., xlix, 8.
⁴ Núm., xxiv, 17.—⁵ Deut., xviii, 18.—⁶ Ps. ii.
⁷ Mich., v, 2.—⁸ Is., vii, 14.—⁹ Mal., iii, 14.—
¹⁰ Jer., xi.—¹¹ Dan., ix.—¹² Ephes., ii, 20.

valor de obras divinas; si á Adán le hacía justo, amigo, hijo adoptivo, á nosotros logra hacernos hermanos del Hijo natural, cuya excelsa dignidad es el título de nuestra nobleza; si en el paraíso terrenal no existieran guerras de pasiones bravas, ahora las que hay la gracia las corona de ilustrísimas victorias; si entonces faltaran allí miserias, las de acá las convierte la gracia en escuela de virtudes: en fin, Cristo nos aplica con su espíritu su infinita santidad, como una segunda naturaleza; nuestra vida terrestre es el planiel del paraíso celeste, la fe nos ingerta en Cristo sobre el tronco de la divinidad, el bautismo nos traspasa la savia espiritual, los demás sacramentos bañan nuestras almas con su rocío, la palabra divina nos sirve de luz, la gracia actual nos aviva y conforta, la Iglesia católica cultiva y protege en nosotros la naturaleza divina, y hasta que nos revistamos de ella espiritual, íntima, total y verdaderamente, el espíritu de Cristo no dejará influir virtud en nuestras almas por todos estos arcauces, y en ellas morará hasta que acabe la vida, como en su templo, santificando, espiritualizando, divinizando.

Consta, pues, que nuestra deificación en Cristo y por Cristo es la verdad fundamental de la religión verdadera, la substancia de la historia humana, el timbre sobre modo ilustre de la realidad del hombre, la credencial de su legitimidad, el memorial de sus imprescriptibles derechos; deificación gloriosa, única, salvadora y de absoluta necesidad, por cuya virtud el Padre que está en los cielos, no por afán de acrecentar su gloria, sino impulsado del deseo de comunicarla, tuvo á bien extender el círculo de la familia divina y condecorar al hombre y al ángel en el tiempo con el título magnífico de *hijo*, que sólo da á su Verbo entre los eternos resplandores de santidad.

Y porque en el Verbo divino hecho

hombre se juntan en admirable consorcio la humanidad y divinidad, es á saber, la vida divina, la vida racional, la vida sensitiva y la vida vegetativa, formando un todo completo que resume la Creación enteramente, debemos decir que Cristo es la cifra que representa muy al vivo la universalidad de las cosas creadas é increadas. Dice el Padre Juan Eusebio Nieremberg una cosa de mucha ponderación, que no conviene pasar de aquí sin repetirla. «Es, sin duda, que si hubiera muchos mundos fuera de éste, pudieran tener los demás grande envidia á este mundo, donde el Criador de todo encarnó y anduvo y vivió. Dice Alejandro de Alés que la Encarnación da hermosura al mundo. Yo no dudo que si Dios criara otro mundo con criaturas más excelentes y perfectas mil veces que las de éste, de modo que la luz del sol fuera mil veces mayor, la hermosura de los cielos, la claridad de las estrellas, el resplandor de la luna, la amenidad de los campos y todo cuanto hay excediese con mil ventajas á lo que ahora vemos, no sería tan admirable este mundo, tan hermoso, tan precioso como el nuestro, por sola la perfección de la obra de la Encarnación, aunque Cristo no tuviera, como tiene ahora, los cuatro dotes de gloria; y admirara más y deleitara más este mundo á quien conociese con viveza esta obra, que el otro mundo tan admirable careciendo de ella. Pues estando ahora glorioso en el cielo, ¿qué será su vista sola? Será más gustosa, más admirable y hermosa que la de millones de mundos más hermosos.» Todo esto escribe este varón sapientísimo en su *Prodigio del amor divino*¹.

Grandemente se honran todas las naturalezas con la vecindad de Dios-hombre, la cual sola basta para lle-

nar de gloria y de gozo millares de mundos que hubiera. Todos los grados de seres quedan en Cristo infinitamente ennoblecidos; y aquella infinita perfección que por sí ninguna de ellas podría tener, y aquella sed de mejoría que cada una parece que anhela, y aquella plenitud de ser que todas con ímpetu buscan, en el engrandecimiento de Cristo hallarán la plenitud de su perfección. «Cristo (dice hermosamente un moderno escritor) es para los demás seres la garantía, la esperanza y el principio de la consecución del ideal hacia el que se encaminan, según la libre y sabia disposición de Dios. Cristo, sentado en la cúspide de la inmensa obra de la creación, recibe los homenajes de todos los seres que la componen. Todos, sin excepción alguna, le están sujetos, todos sirven para su gloria, y en cuanto cumplen sus mandatos cooperan al logro de sus nobilísimos designios. Cristo á su vez es el que ha de restaurar todas las cosas, el que ha de traer el complemento de todas ellas². Llevando á la plenitud de la gloria los hijos Dios, será causa de aquella última grandeza y elevación del mundo material que antes hemos expuesto. Cristo, Rey de la creación, la conducirá su más encumbrado ideal: toda ella le sirve, toda ella es bendecida y magnificada por Cristo. De este modo, en la mayor amplitud y en la esfera más elevada, se realiza en Cristo la ley de unión»³.

Cuán grande sea la honra que le haya tocado por suerte á nuestra tierra y á todo el universo mundo en la persona de la Sacratísima Virgen María nuestra Señora, podrá manifestarlo la lengua que supiere hablar dignamente de tan augusta Princesa, cuya excelssitud se pierde de vista, por-

¹ *Ad Ephes.*, i.

² D. ANTONIO GOMELLAS: *Demostración de la armonía entre la Religión católica y la ciencia*, 1880, parte 1.^a, sección tercera, cap. iii.

³ L. I, cap. viii, § iv.

que sobrepuja en dones y gracias á todas las criaturas juntas del cielo y de la tierra, por ser su dignidad la más alta que á pura criatura puede caber y Dios otorgar. Porque si Dios proporciona el tesoro de los dones que á las criaturas reparte, á los oficios á que las levanta, como la dignidad de Madre de Dios sea la más encumbrada de todas las dignidades, por cuanto la calidad de Madre de Dios es la cumbre adonde puede llegar una pura criatura, porque otorga un cierto derecho sobre el Verbo encarnado; era menester que la plenitud de gracias concedidas á María excediese á la que han alcanzado los Santos, que comenzase allí donde remataba la santidad de ellos, que poseyese en el primer instante de su concepción el caudal de bienes atesorados en las demás criaturas, y que se aventajase inmensamente á toda conocida santidad. ¿Qué mucho que aun antes de

nacer recibiese el uso de la razón, el don de la impecabilidad, y ejercitase actos de fe y de acatamiento profundo á los decretos divinos? ¿Qué será cuando llegue á madurez esta soberana Princesa? ¿Quién ensalzará dignamente á la Madre de Dios, que tiene el principado entre todas las criaturas, y que ocupa cielos y tierra con su inefable grandeza? Ella, habiendo hollado y deshecho la cabeza de la infernal serpiente, es alegría del universo, medianera de los hombres, Reina de los ángeles, trono de Dios, más esclarecida que el sol, más hermosa que la luna, escogida del Verbo, amada del Padre, Esposa del Espíritu Santo, pasmo y lustre de todos los bienaventurados; en fin, Madre de Dios. ¡Jesús y María! ¿Pueden concebirse ideales más esplendorosos y cercados de maravillas? ¿Podía el universo sensible y espiritual preciarse de posesión más honrosa?



DÍA SÉPTIMO.

—
ERA ACTUAL.